
Barricadas y guerra civil: explicación de “los disturbios” en Irlanda del Norte



MATTHEW KOCHER*

El hecho comparativo más notable de las guerras civiles es que ocurren en países subdesarrollados. Cuando menos desde 1945, los estados altamente modernizados del Primer Mundo han sido islas de paz civil; por lo tanto, cualquier teoría que logre captar la amplia distribución de la violencia interna entre los estados probablemente tendrá dificultades para explicar el pequeño número de casos en el mundo desarrollado. Podría decirse que “los disturbios” (*the Troubles*) de Irlanda del Norte son el ejemplo moderno de guerra civil más difícil de explicar en un contexto comparado, pues ocurrieron en uno de los estados más altamente desarrollados del mundo.¹

* Matthew Kocher es profesor-investigador de la División de Estudios Internacionales del CIDE. Carretera México-Toluca 3655, Lomas de Santa Fe, 02100, México, D.F. Correo electrónico: matthew.kocher@cide.edu.

El artículo se recibió en septiembre de 2004 y se aceptó para su publicación en abril de 2005.

El autor agradece a Annalisa Zinn, Ellen Lust-Oker y todos los participantes en el Taller de Campo de Relaciones Internacionales, Departamento de Ciencia Política, Universidad de Yale, por sus comentarios a una primera versión de este artículo. Agradece también a David Laitin, Ronald Suny y Stathis Kalyvas por sus comentarios y aliento. Adria Lawrence y Arturo Sotomayor leyeron todo el manuscrito y proporcionaron detalladas respuestas orales y escritas. Los revisores anónimos de *Política* y *Gobierno* proporcionaron valiosas sugerencias y comentarios. Todos los errores son responsabilidad del autor. Traducción del inglés de Susana Moreno Parada.

¹ El término “*the Troubles*” (los disturbios) es una expresión del inglés usada para referirse a todo el espectro de procesos violentos y no violentos de conflicto político que sucedieron a partir de 1969 en seis condados de Irlanda que seguían siendo territorio británico soberano después de la independencia de la República de Irlanda en 1921. La separación de Irlanda creó una nueva sociedad claramente dividida entre la mayoría protestante dominante y una minoría católica política y económicamente desfavorecida. Desde el inicio, algunos elementos católicos tanto en los condados del norte como en la República rechazaron la división y se organizaron para unificar por la fuerza la isla bajo un solo Estado. A fines de la década de 1960, algunos habitantes de Irlanda del Norte (algunos protestantes, pero la mayoría católicos) que estaban a dis-

El Reino Unido de fines de la década de 1960 era una democracia urbana e industrializada con instituciones transparentes, un saludable imperio de la ley y servicios sociales bien desarrollados. Las instituciones británicas eran estables; la policía, las fuerzas militares y la administración civil estaban bien organizadas y eran profesionales; las áreas rurales de Irlanda del Norte contaban con una amplia red de carreteras y una agricultura totalmente comercializada. Si bien solemos asociar Irlanda del Norte con una economía estancada y un desempleo estructural, las tasas de desempleo de principios de la década de 1970 eran en realidad muy bajas (NISRA, 1998, p. 101).

Irlanda del Norte también se caracterizaba por una distribución muy desigual del poder y los recursos entre católicos y protestantes. Algunas de esas medidas fueron institucionalizadas por ley, tales como la división sesgada de distritos electorales (*gerrymander*) o los votos “extra” concedidos casi exclusivamente a los protestantes. De manera extraoficial, había mucha discriminación en lo que toca a vivienda, educación y empleo. En otras palabras, los católicos de Irlanda del Norte tenían muchos motivos de queja.

Esos motivos desempeñaron un papel fundamental en la generación de la ola de manifestaciones por los derechos civiles que fue seguida por el estallido de la violencia militarizada. Así, hay una amplia razón de por qué ha predominado la interpretación de “los disturbios” basada en los motivos de agravio; sin embargo, la discriminación y las protestas volátiles han sido muy comunes en el mundo desarrollado, pero la guerra civil casi ha desaparecido.²

En este artículo, hago uso de la literatura reciente sobre guerra civil para explicar por qué la política inestable de Irlanda del Norte pasó de las protestas violentas de 1969 a la insurgencia de 1972 y luego al esporádico terrorismo de fines de las décadas de 1970, 1980 y principios de la de 1990. Al desahogarse el

gusto con el estado de desigualdad política y económica crearon un movimiento de protesta de derechos civiles muy activo pero pacífico. Mediante una serie de procesos que se analizan en las páginas siguientes, las protestas fueron poco a poco reemplazadas por una violencia cada vez más militarizada hasta 1972. Con el tiempo, la violencia disminuyó un poco, pareciendo más y más una campaña de terrorismo, y persistió hasta entrada la década de 1990. En 1998, las partes en conflicto, tanto estatales como no estatales, firmaron el Acuerdo del Viernes Santo, iniciando un proceso de paz que ha acabado con casi todos los actos de violencia.

² De hecho, es argumentable que el caso de Irlanda del Norte es el *único* caso de guerra civil desde la Segunda Guerra Mundial en una democracia industrial avanzada (aunque el caso de ETA en España también podría calificar como tal).

“caso” de Irlanda del Norte en múltiples observaciones a lo largo del espacio y tiempo, muestro que tanto Gran Bretaña como el Ejército Republicano Irlandés Provisional (ERIP, Provisionales o Provos) aprendieron y se adaptaron de una manera que se explica mejor mediante la dinámica endógena de una teoría de guerra civil fundada en el fenómeno de la insurgencia.

El resto del artículo está dividido en seis partes. En la siguiente sección, analizo algunas de las limitaciones empíricas de los trabajos recientes sobre guerra civil. Defino términos clave y justifico el uso de un estudio de caso al situar el caso de Irlanda del Norte en el contexto de las teorías de la insurgencia. En la tercera sección, justifico mi tratamiento del caso como una guerra civil urbana. En la cuarta sección, explico la importancia de las barricadas en la insurgencia urbana y describo los orígenes, uso y desaparición de las barricadas católicas en la guerra civil de Irlanda del Norte. En la quinta sección, presento una breve descripción de la guerra en la frontera de la República de Irlanda y el mantenimiento allí de una estrategia insurgente. En la sexta sección, explico la diferencia teórica entre insurgencia y “terrorismo”, tal como lo practicó el ERIP posterior; y describo cómo la organización cambió su enfoque y rediseñó su estructura hacia el “castigo”. En la séptima sección presento algunas conclusiones.

INSURGENCIA Y GUERRA CIVIL

A fines de la década de 1990 y principios de la de 2000, los politólogos crearon una vibrante literatura comparativa sobre guerra civil.³ Al utilizar métodos cuantitativos y conjuntos de datos de varios países y series de tiempo, esa nueva literatura ha llevado herramientas metodológicas a un campo que antigua-

³ La literatura reciente se ha fundado por lo general en una definición operativa de guerra civil, práctica que yo también sigo en este artículo. Cualquier conflicto violento militarizado en el que cuando menos una parte es un actor no estatal y que ha generado más de mil muertes durante todo su transcurso es una guerra civil. Ha habido cierta variación en los criterios operativos. Algunos académicos confían en los requisitos del proyecto Correlatos de Guerra (COW por sus siglas en inglés) de mil “muertes en batalla”, mientras que otros lo cifran en términos de muertes totales, sobre la delicada base de que los civiles tienden a representar la mayoría de las bajas en las guerras civiles contemporáneas. Otra regla común de codificación excluye casos con menos de cien muertes de fuerzas de seguridad a fin de diferenciar la guerra civil (un fenómeno de dos bandos) con el terror estatal (una violencia unilateral).

mente había sido dominado por la investigación descriptiva de los estudios de caso; además, la nueva literatura ha desafiado y debilitado contundentemente algunas opiniones que en un tiempo fueron muy aceptadas. En este sentido, por ejemplo, ahora sabemos que, en la perspectiva histórica reciente, *no* hubo un recrudecimiento significativo de la guerra civil que correspondiera con el fin del imperio soviético y la caída de Yugoslavia (Fearon y Laitin, 2003). Sabemos también que los bajos niveles de la democracia política o su ausencia *no* están asociados con una mayor probabilidad de guerra civil. Si el tipo de régimen político tiene alguna relación con la violencia intraestatal a gran escala, entonces probablemente esté asociado con lo que se puede llamar “anocracia” (régimenes intermedios entre democracia y autoritarismo) o con periodos de transición de regímenes (Hegre *et al.*, 2001; Fearon y Laitin, 2003; pero véase Zinn, 2004 para una crítica). Para otros, la diversidad étnica, por sí misma, *no* parece predisponer a los países a la guerra civil.

Si bien la investigación cuantitativa con una N grande ha contribuido de manera considerable a describir la distribución condicional de las guerras civiles de finales del siglo xx, esa literatura también ha generado nuevas dificultades, la mayoría de las cuales gira en torno al problema de la debilidad de los datos. En primer lugar, la mayoría de los artículos sistemáticos sobre guerra civil producidos en la última década se basan en los mismos datos. En lugar de enfocarse en crear minuciosamente nuevas fuentes de información, sean cuantitativas o cualitativas, la mayoría de los investigadores han optado por basarse en los recursos existentes, introduciendo sólo pequeñas modificaciones de los datos, modelos estadísticos o especificaciones. Irónicamente, este enfoque no ha producido una fuerte congruencia en los resultados, en parte debido a una falta de estandarización: los datos no cambian mucho entre los estudios, pero cambian lo suficiente como para debilitar la réplica sistemática.

En segundo lugar, los investigadores han tendido a agrupar nuevas teorías o mecanismos en torno de regularidades empíricas previamente conocidas, en lugar de confeccionar nuevas pruebas empíricas para los modelos y mecanismos teóricos, creando un enorme problema de equivalencia de la observación. Por ejemplo, ahora tenemos numerosos artículos que verifican una fuerte aso-

ciación entre el PIB per cápita y la distribución de la violencia interna entre países, controlando por otros factores (Collier y Hoeffler, 2001; Sambanis, 2001; Fearon y Laitin, 2003); sin embargo, puede interpretarse que el hallazgo estadístico es congruente con una amplia gama de explicaciones sobre la guerra civil. En concreto, cualquier mecanismo convincentemente asociado con el desarrollo económico puede competir para ser considerado como variable explicativa de la violencia.

En tercer lugar, la mayoría de los estudios cuantitativos se enfocan sólo en un pequeño número de variables dependientes binarias, más comúnmente inicio o término de la guerra civil en cierto país o año. Los problemas para recopilar datos de alta calidad entre países con zonas de guerra conducen a la mayoría de los investigadores a enfocarse en categorías disponibles, que obviamente favorecen la precisión sobre el detalle.

Los problemas de los datos que he esbozado han llevado a algunos investigadores a buscar metodologías de investigación alternativas, que incluyen simulaciones, diseños cuantitativos subnacionales y un retorno a los estudios de caso, que ahora están mejor informados gracias a una década de investigación comparativa. Este artículo contribuye al último de esos enfoques recientes. Como recomendó Sambanis (2004), utilizo un estudio de caso para documentar la comprensión de los mecanismos que sirven de base a una clase de teorías que hasta el momento han sido probadas sólo al nivel macro de análisis. Dentro de un marco cualitativo, muestro cómo podemos generar más observaciones de cada caso al enfatizar la variación entre los casos tanto en el tiempo como en el espacio y al subrayar la variación en las *formas* específicas que toma la violencia organizada. En particular, ofrezco un recuento operacionalmente específico de las condiciones en las que deberíamos observar que los actores militares no estatales optan por la insurgencia *vis-á-vis* estrategias terroristas.

Los intentos recientes por explicar la asociación entre subdesarrollo y guerra civil se han enfocado en la variación de la capacidad de los estados para controlar su territorio e impedir que los desafíos armados tomen la forma de la insurgencia (Fearon y Laitin, 2003; Kocher, 2004). Con raras excepciones, las guerras civiles del siglo XX toman una forma insurgente (Kalyvas, 2005, cap. 2);

por lo tanto, explicar la guerra civil contemporánea es principalmente una cuestión de explicar la insurgencia.

El término “insurgencia” tiene un amplio número de significados y ninguna definición que sea ampliamente aceptada tanto en el uso común como en el académico;⁴ pero, fundamentalmente, se refiere a la rebelión violenta en contra de los estados por parte de actores que no son formalmente estatales. Durante las décadas de 1960 y 1970, los académicos y encargados de elaborar las políticas estadounidenses adoptaron el término “insurgencia” para referirse a un complejo de tácticas armadas generalmente usadas por movimientos comunistas en el mundo en desarrollo. La forma ideal y típica de esas rebeliones armadas asociaba las tácticas guerrilleras con una estrategia política dirigida a subvertir y reemplazar el control de un estado sobre la población civil.

En el nivel más básico, la adopción de una estrategia insurgente es una función de la extrema desproporción entre las capacidades de los estados soberanos contemporáneos y los que mantienen los actores no estatales de cualquier tipo. Sin una base demográfica para el reclutamiento y la recolección de impuestos obligatorios, ninguna organización puede adquirir los recursos necesarios para participar en un enfrentamiento violento contra las fuerzas del Estado. La insurgencia resuelve el problema de cómo adquirir los recursos necesarios sin luchar directamente con las fuerzas del Estado. Los ataques guerrilleros limitan el contacto entre el gobierno formal y la población de la región en disputa, mientras que la construcción de un Estado paralelo aumenta gradualmente el reclutamiento y la base fiscal de la rebelión. El mecanismo clave es el aislamiento: se usa la violencia para desincentivar localmente el contacto entre funcionarios del gobierno y la población, usualmente al dirigirse a ambos de manera selectiva (Kalyvas, 2005, cap. 3).

En otro trabajo (Kocher, 2004, cap. 2), he argumentado que el principal mecanismo que vincula los altos niveles de desarrollo con la paz civil es la urbanización. La intuición central de la teoría es que las poblaciones físicamente concentradas son más susceptibles de ser controladas por fuerzas militares convencionales que las poblaciones distribuidas en pequeñas zonas agrícolas.

⁴ Para una sorprendente y sagaz discusión de la insurgencia, véase Departamento de Estado (2004).

Puesto que los estados modernos suelen monopolizar las fuerzas convencionales, la violencia militarizada a escala de guerra civil por lo general no puede surgir ahí donde la demografía está muy urbanizada. Los rebeldes pueden flanquear el poder del Estado sólo ahí donde pueden poner en práctica una estrategia de insurgencia. A su vez, su capacidad para hacerlo depende de manera crucial de una población distribuida, especialmente donde los rebeldes pueden controlar a la población sin enfrentarse directamente contra el Estado.

De aquí se desprenden varias predicciones. La frecuencia de la guerra civil debería disminuir en forma proporcional al grado de urbanización del Estado. En las guerras civiles, las zonas urbanas deberían favorecer el control del Estado, mientras que las áreas rurales favorecerían el control de los insurgentes. Los grupos insurgentes que llevan a cabo estrategias exclusiva o predominantemente urbanas están destinados a fracasar. En las guerras civiles, los estados deberían perseguir estrategias tales como la migración rural forzada promotora de la urbanización y la concentración de la población civil. Los grupos insurgentes deberían intentar frustrar esas estrategias y conservar la distribución demográfica. En otro trabajo (Kocher, 2004), ofrezco considerables pruebas cuantitativas y cualitativas que apoyan estas predicciones. No obstante, algunos casos se siguen desviando de la tendencia general de las pruebas. En conjunto, la guerra civil de Irlanda del Norte viola casi todas las predicciones anteriores.

Con todo, si se violan las suposiciones clave del modelo, una teoría puede explicar con éxito sin predecir correctamente el valor de la variable dependiente.⁵ Las teorías de la insurgencia suponen implícitamente que los estados usarán su capacidad de seguridad agresiva y eficientemente en contra de los desafíos armados. Al igual que la mayoría de las teorías que hacen énfasis en las limitaciones estructurales, suponen que los agentes se comportarán óptima-

⁵ Lógicamente, una teoría es una declaración condicional en donde el antecedente del condicional es una conjunción con muchos elementos. A los elementos presumiblemente constantes o relativamente no polémicos de esa conjunción se les llama supuestos. Cuando la variable dependiente asume un valor inesperado, conlleva la falsedad de cuando menos una de las conjunciones, que puede ser una afirmación clave o un supuesto acerca de condiciones constantes del ambiente. En este artículo, reconozco que un supuesto, razonablemente identificado como una constante en el modelo, en realidad varía. Explicar la variación de ese supuesto produce una ganancia en la influencia teórica, que compensa la importancia de hacer ajustes menores a una teoría de mediano alcance.

mente. El caso de Irlanda del Norte no apoya esta suposición. Las restricciones deberían llevar a un comportamiento óptimo, pero a veces los agentes actúan de manera subóptima, ya sea porque carecen de información o porque tienen creencias equivocadas acerca de los procesos en que ellos mismos están inmersos; sin embargo, como las limitaciones producen consecuencias sustantivas, debemos esperar que los actores aprendan.

En las secciones empíricas siguientes, muestro que eso es precisamente lo que sucedió en Irlanda del Norte: los británicos actuaron de manera subóptima al resistirse a una reocupación de las áreas católicas. Desde mediados de 1969 hasta mediados de 1972, el gobierno del Reino Unido optó por permitir que los comités de defensa *ad hoc* cerraran con barricadas los guetos católicos, para impedir el ingreso de agentes del gobierno y de la policía de Irlanda del Norte. Si bien el propósito de las barricadas originales era esencialmente defensivo, el ERIP usó el aislamiento creado por las barricadas para dominar diferentes asuntos y actores políticos dentro de las comunidades católicas urbanas de Belfast y Derry.

También explico cómo un cambio en el enfoque británico condujo al fracaso y el eventual abandono de la insurgencia urbana. Después de la estrategia británica de ocupar permanentemente los bastiones del ERIP en Belfast y Derry, la estrategia insurgente que caracterizó los primeros tres años de “los disturbios” se volvió cada vez más insostenible. Una vez que los británicos decidieron intervenir masivamente, los Provisionales no pudieron generar la violencia suficiente para mantener a los soldados británicos lejos de los barrios católicos; tratar de hacerlo significaba reducir su organización de manera insostenible.

En segundo lugar, muestro que el fracaso de su estrategia urbana condujo al ERIP a adoptar un enfoque diferente que perpetuó la guerra, si bien es cierto que con una intensidad significativamente menor. Por un lado, los Provisionales mantuvieron la estrategia insurgente donde funcionaba mejor: en las zonas rurales a lo largo de la frontera con la República de Irlanda. En otros lados, cambiaron a una estrategia “de castigo” o “terrorista”, que no trataba de controlar territorio o poblaciones. En cambio, el ERIP usó la violencia en contra de una combinación de objetivos militares, civiles y económicos, con la intención

de aumentar a un ritmo constante los costos políticos y financieros de la Unión con Gran Bretaña. Ese cambio de estrategia se vio reflejado en la estructura de la organización, que siguió siendo mucho más abierta en las regiones fronterizas, pero que en otras partes fue rediseñada siguiendo el modelo de las “células”.

¿GUERRA CIVIL URBANA?

Visto desde cualquier estándar razonable, Irlanda del Norte está sumamente urbanizada. Para empezar, en 1996 la densidad poblacional de los seis condados era de 119 habitantes por kilómetro cuadrado, muy parecida al estado de Delaware, el séptimo más densamente poblado de Estados Unidos (Local Ireland, 2000). En 1991, 51.5% de Irlanda del Norte vivía dentro de los límites de ciudades con poblaciones superiores a 10 mil personas (DHSS, pp. 14-17); tan sólo Belfast representaba casi 18% del total de la población en los seis condados, sin incluir los suburbios. En el mismo año, sólo 4% de los trabajadores se dedicaba a la agricultura (NISRA, 1998, p. 140);⁶ por lo tanto, Irlanda del Norte se parece mucho al norte de Europa; es precisamente el tipo de lugar en donde no esperamos que ocurra una guerra civil insurgente.

Sin embargo, allí hubo una guerra. De acuerdo con una fuente fidedigna, desde inicios de 1969 hasta fines de 2001, 3 268 personas murieron a causa de la violencia política en Irlanda del Norte (Sutton, 2001).⁷ Si bien el número total de muertes palidece en comparación con algunas guerras civiles del siglo xx, ocurrió en una región un poco más grande que el estado de Connecticut, con una población aproximada de millón y medio de habitantes. Además, el lugar principal de la violencia fueron los guetos católicos densamente poblados de Belfast y Derry: 1 768 o 50% de las muertes asociadas con “los disturbios” ocurrieron tan sólo en esas dos ciudades (Sutton, 2001).

⁶ Algunos trabajos recientes de planeación regional indican que Irlanda del Norte ha experimentado un fenómeno de “suburbanización” en los últimos 20 años, con lo que se ha vuelto un tanto menos urbana que al inicio de “los disturbios”. Véase http://www.drdni.gov.uk/shapingourfuture/pdf/regional_development_strategy.pdf.

⁷ El caso de Irlanda del Norte satisface muchas definiciones operacionales de guerra civil con más de mil muertes totales, más de mil muertos de las fuerzas de seguridad (“muertos en batalla”) y al menos cien asesinatos de cada “bando” identificable de la guerra: fuerzas de seguridad británicas, paramilitares republicanos y paramilitares protestantes (Sutton, 2001).

La violencia fue intensa y militarizada: “[Un] batallón que tomó unos cinco kilómetros cuadrados en Upper Falls [un barrio de Belfast] ‘que ya no era británico’ quedó asombrado por la precisión de tiro. En las primeras tres semanas, cada día hirieron a un hombre y dispararon 2 500 balas, así como bombas de petróleo y clavos” (Hamill, 1985, p. 119). Durante el año de mayor violencia, 1972, el gobierno británico registró más de 10 mil “balaceras” y casi 1 400 “explosiones” en la provincia en su conjunto (Coogan, 2002b, p. 382). De 1969 a 2001, las fuerzas de seguridad del Reino Unido perdieron más de 1 100 hombres en acción, casi la mitad proveniente del ejército regular (Sutton, 2001).⁸

Todo esto sucedió a pesar del hecho de que el Ejército Republicano Irlandés de años anteriores había sido prácticamente desarmado:

Antes de que el ejército británico llegara, el 15 de agosto [de 1969], los católicos de Belfast habían supuesto que el ERI podría defenderlos. No existía un ejército clandestino armado, salvo en la imaginación popular. Varios voluntarios retirados de la generación anterior corrieron al cuartel general de Dublín en busca de armas y refuerzos, y simplemente encontraron que no había nada (Bell, 1987, p. 138).

El ERI continuó existiendo como una red política, pero ese hecho puede haber sido tanto un revés como una ventaja, pues la policía conocía a un gran número de miembros de la organización. El ERI Provisional, que se convirtió en el principal antagonista del Reino Unido a fines del siglo XX, fue esencialmente reconstituido desde cero a partir de 1969. ¿Cómo sucedió esto?

⁸ O’Doherty (1998, p. 93) afirma que referirse a “los disturbios” como una *guerra* “exagera la escala de violencia por tan dramático efecto, pero también representa mal la naturaleza de la violencia, para presentarla como una contienda física entre ejércitos mortíferos y no como un intercambio de asesinatos subrepticios”. Su menosprecio del ERIP en comparación con el ERI de la Guerra de Independencia Irlandesa, en donde “columnas relámpago atacaban las patrullas del ejército británico y realizaban prolongados intercambios de disparos” (p. 99), refleja una mala interpretación común de la guerra civil. Como muestra Peter Hart (1998) del mismísimo ERI del periodo 1916-1923, la violencia modal de la guerra civil *por lo general* toma la forma de homicidio parcial.

LAS BARRICADAS Y EL SURGIMIENTO DEL ERI PROVISIONAL

El mecanismo clave de mi argumento demográfico es que las insurgencias urbanas (en los raros casos en que se intentan) tenderán a fracasar rápidamente porque no pueden aislar las áreas que controlan de la ocupación de las fuerzas militares en el poder. En las zonas rurales, el aislamiento no es necesario para tener el control, pues los que están en el poder no pueden ocupar todo el territorio que reclaman; sin embargo, si por alguna razón es posible arrebatar las poblaciones urbanas de las fuerzas de seguridad en el poder, entonces las insurgencias urbanas se vuelven viables. En este sentido, Taw y Hoffman (1995) sostienen que las insurgencias urbanas se volverán cada vez más viables en el siglo XXI debido al surgimiento de zonas marginadas en el mundo en desarrollo. Afirman que los rebeldes pueden negar la entrada a los asentamientos irregulares con mayor facilidad que con la que los rebeldes del siglo XX podían tapiar y bombardear pueblos, por lo que la insurgencia urbana será más difícil de derrotar.⁹

Las barricadas son una característica común de las insurrecciones urbanas. Son fortificaciones improvisadas usadas para acordonar zonas de fuerza y aumentar el costo del ingreso a los agentes del Estado u otros enemigos. Una barricada puede funcionar como una barrera física ante amenazas basadas en cierta capacidad de fuerza; en general, no obstante, las barricadas no son obstáculos insuperables para las fuerzas militares regulares. Más bien, funcionan como puntos focales de la acción colectiva. Los intentos por eliminar las barricadas son señales para los rebeldes y sus seguidores de que se está llevando a cabo un esfuerzo serio por controlar una zona. Los agentes del Estado se ven obligados a elegir entre la acción dramática o no hacer absolutamente nada.

Las barricadas fueron una característica esencial de los primeros tres años de “los disturbios” en Irlanda del Norte. Fueron construidas por vigilantes tan-

⁹ Este argumento sigue sin convencerme mucho. Si bien algunas características de las zonas marginadas, como las calles estrechas, pueden crear dificultades a los ejércitos regulares, es probable que otras características faciliten su avance; por ejemplo: en general, las zonas marginadas carecen de edificios de varios pisos, lo que impide que los francotiradores tengan un lugar elevado; además, los materiales de construcción de mala calidad utilizados en las zonas marginadas pueden hacer más fácil encontrar resguardo al moverse entre los edificios, como ha hecho recientemente el ejército israelí en los poblados de Cisjordania.

to protestantes como católicos, así como por fuerzas de seguridad británicas. Si bien más adelante desempeñarían un papel clave en el desarrollo de la guerra civil, inicialmente las barricadas eran una medida defensiva, puesta en práctica no por grupos paramilitares establecidos sino por grupos de vigilantes *ad hoc* con el fin de evitar el ingreso de agitadores. Cuando el ejército británico intervino inicialmente en Irlanda del Norte, su misión táctica consistía en interponerse entre los barrios católicos y los protestantes, para evitar que los agitadores cruzaran sus líneas.¹⁰ Puesto que las barricadas católicas estaban preparadas para un fin similar y la fuerza de las tropas británicas era inicialmente baja, el ejército respetó esas barreras y no intentó quitarlas (Dillon, 1994, pp. 88-89).

Una vez que se habían aislado efectivamente las zonas católicas de la presencia militar y policiaca, el ERI (que en un inicio fue un elemento sin importancia en esos acontecimientos) comenzó a imponer y a la larga a consolidar el control militar y político sobre las zonas cerradas con las barricadas. Esos barrios fueron llamados “zonas prohibidas” (*no-go*) y en esencia fueron abandonados por las fuerzas de seguridad que trataban de evitar enfrentamientos. A pesar de que la violencia militarizada se intensificaba y aumentaba, el gobierno británico decidió no ocupar esas zonas durante unos tres años, en parte debido a que la magnitud de la intervención necesaria para la ocupación crecía constantemente a medida que aumentaba el poder del ERIP.

Si bien el mecanismo fue diferente, las barricadas cumplieron la misma función para los rebeldes urbanos que la que ofrece una población muy dispersa para los insurgentes rurales: evitaban que las fuerzas de seguridad británicas mantuvieran una presencia permanente en los barrios católicos. Varias consecuencias conocidas de las insurgencias rurales surgieron como resultado de la falta de ocupación. Los policías comunes y otros funcionarios del gobierno ya

¹⁰ Los partidarios republicanos irlandeses se resisten con fuerza a la sugerencia de que las tropas inglesas ingresaron “para proteger a los católicos”. Por ejemplo, Devlin McAliskey (1988, p. 85) insiste en que se introdujo al ejército para apoyar al gobierno de Irlanda del Norte. Desde luego, esos dos motivos no son necesariamente incongruentes entre sí. El gobierno británico habría preferido evitar el derramamiento de sangre que conllevan los intentos organizados localmente de restaurar el orden en los barrios católicos, tanto para evitar la secuela política de una reacción brutal como para proteger a los ciudadanos católicos vulnerables.

no pudieron patrullar esas zonas. La cooperación de la población civil cesó, pues las fuerzas de seguridad no podían proteger a los colaboradores.¹¹ La inteligencia acerca de esas zonas se agotó y ello condujo a medidas de seguridad cada vez más indiscriminadas, lo cual, a su vez, alineó a moderados y a personas no comprometidas, al tiempo que demostró la incapacidad de los británicos para mantener efectivamente el orden. O'Doherty (1998, p. 83) le otorga un sentido de futilidad al enfoque que el ejército británico tenía de la seguridad en ese periodo. Cuando, con la ayuda del ERI, unos jóvenes armaron una barricada en su calle y desafiaron a los soldados británicos con bombas de gasolina, uno de los vecinos del lugar, Francis McGuinness, recibió un disparo y murió:

El ejército no consiguió ningún objetivo práctico al matarlo. No se habían quedado por ahí para arrestar a nadie. No trataron de entrar al conjunto habitacional. Tan sólo parecía que habían aceptado la invitación para luchar y la oportunidad de dispararle a alguien, y se salieron con la suya.

De acuerdo con Coogan (2002a, p. 82), las primeras barricadas se levantaron el 5 de enero de 1969 en Derry. El día anterior, en el puente Burntollet, en las afueras de Derry, una muchedumbre protestante atacó una manifestación no violenta en favor de los derechos civiles que había partido de Belfast, ocasionando graves daños. Esa noche, unos miembros de la Policía Real del Ulster (RUC por sus siglas en inglés)¹² entraron al barrio católico de Bogside, cantando consignas antirrepublicanas y rompiendo las ventanas. Las barreras fueron eliminadas una semana después a instancias de políticos reformistas.

El uso de barricadas en Derry se organizó para el verano de 1969 con la formación del Comité de Defensa de los Ciudadanos de Derry, quienes almacenaron materiales para la construcción de nuevas barreras, previendo la tradicio-

¹¹ Esta afirmación no implica ninguna estimación acerca del número de informantes disponibles. Supuestamente, aun en el Belfast católico de 1972 había algunas personas que habrían estado dispuestas a ayudar a los británicos, pero no lo hicieron por temor por su seguridad. Puesto que un solo puñado de informantes puede hacer un daño tremendo a una organización clandestina, los insurgentes no pueden darse el lujo de confiar exclusivamente en la buena voluntad de la población.

¹² La fuerza de policía civil de Irlanda del Norte.

nal temporada de manifestaciones (Coogan, 2002a, p. 89). Las barricadas se levantaron el 11 y 12 de agosto para evitar el ingreso de los vigilantes protestantes en el barrio de Bogside. Durante dos días, la RUC trató de abrir un camino hacia el barrio (Dillon, 1994, pp. 83-84). La muchedumbre católica semiorganizada defendió efectivamente las barricadas con piedras y bombas de gasolina, mientras que los católicos del oeste de Belfast causaron disturbios para alejar los recursos de Bogside.¹³

El gobierno de Stormont¹⁴ reaccionó ante la crisis, movilizando a la Policía Especial del Ulster (conocida popularmente como los B-Especiales), una fuerza de policía de reserva que por tradición se utilizaba como un instrumento para imponer el dominio protestante. El 14 de agosto, la muchedumbre protestante, apoyada en algunos casos por la RUC y los B-Especiales, arrasó el barrio católico de Lower Falls al oeste de Belfast, saqueando, quemando casas y golpeando a los residentes (Dillon, 1994, p. 87). Cientos de familias (algunas protestantes, aunque la mayoría católicas) fueron obligadas a abandonar sus casas en las refriegas siguientes; los barrios integrados en la periferia esencialmente perdieron su cohesión. A pesar de que se desplegaron tropas del ejército británico a la mañana siguiente, “en ambas comunidades, la muchedumbre comenzó a levantar barricadas que efectivamente sellaron distritos enteros. El ejército no trató de quitar las barricadas; tan sólo permaneció en alerta, más como medida de disuasión que como una amenaza” (Dillon, 1994, p. 89). En algunos casos, posteriormente, se eliminaron algunas barricadas mediante un acuerdo con el ejército de no cruzar las líneas pintadas en su lugar (Coogan, 2002a, p. 107). De hecho, en cierto sentido, los británicos incluso reforzaron la división al construir la “Línea de la paz” de 2.5 kilómetros de largo en Belfast para separar el barrio protestante de Shankill del barrio católico Lower Falls (Sluka, 1989, p. 154).

La segunda mitad de 1969 ha sido descrita como una “luna de miel” para el

¹³ Algunas versiones (por ejemplo, Hamill, 1985, pp. 1-7) sostienen que la RUC trató de mantener la neutralidad entre los manifestantes católicos y protestantes.

¹⁴ Hasta 1972, Irlanda del Norte fue gobernada mediante un arreglo de “autogobierno”, con todo un conjunto de instituciones internas autónomas. El gobierno provincial tenía su sede en el castillo de Stormont, de ahí que al gobierno se le conociera tan sólo como “Stormont”.

ejército inglés en sus relaciones con las comunidades católicas de Irlanda del Norte. La mayoría de los católicos reaccionaron positivamente a la introducción de soldados, aceptando su papel como encargados de mantener la paz. Las tropas británicas demostraron cierta medida de imparcialidad al inhabilitar a una muchedumbre protestante en octubre de 1969, matando a dos alborotadores (Hamill, 1985, p. 28). Además, el gobierno de Westminster presionó a Stormont para disolver a los B-Especiales y desarmar la RUC, quitándole a la policía el control de los disturbios.

Esa última medida tuvo importantes consecuencias para el desarrollo de “los disturbios”. Si bien se percibía que la RUC era parcial, era la única fuerza de policía organizada en Irlanda del Norte. Desarmados y marginados efectivamente de un papel de seguridad, los policías ya no patrullaban los barrios católicos más hostiles, ni siquiera por crímenes callejeros. Las zonas se volvieron más y más oscuras para el gobierno. El ejército no creó una capacidad policíaca que reemplazara a la RUC hasta mucho tiempo después (Hamill, 1985, p. 25). El ERI fue un jugador menor en los acontecimientos de 1969, dominado primero por grupos civiles no violentos, como el NICRA¹⁵ y la Democracia del Pueblo, y después por grupos de defensa local *ad hoc*, como el Comité Central de Defensa de los Ciudadanos (CCDC), que se hizo cargo de la protección de los barrios católicos en Belfast durante la violencia de agosto de 1969 y después. Los republicanos irlandeses duros sospechaban del tono reformista de la agenda de derechos civiles, que parecía colocar los derechos individuales dentro de la Unión por delante de la agenda de la reunificación irlandesa. Cuando estalló la violencia, el ERI no estaba preparado, pues recientemente había liquidado su contrabando de armas (Dillon, 1990, p. xlii). La incapacidad del ERI para defender los barrios católicos fue una gran vergüenza para la organización.

Durante la segunda mitad de 1969, una facción del ERI se fusionó en contra del liderazgo relativamente poco dinámico de la organización establecida en la República de Irlanda. Ese grupo asestó un doble golpe al liderazgo católico, marginando al representante oficial del ERI en Belfast y desplazando gradualmente otras organizaciones de las funciones de liderazgo dentro del CCDC (Coo-

¹⁵ Asociación de Derechos Civiles de Irlanda del Norte.

gan, 2002a, pp. 111-112). Según Paddy Devlin, primer presidente del CCDC: “En un inicio, al ERI le era muy fácil asumir los comités de defensa, porque tenía los hombres con experiencia en conflictos [...] Solían mantenerse en el fondo, usando las barricadas como cubierta para reorganizarse y planear la nueva forma del ERI” (citado en Dillon, 1990, p. 10). Acerca de este periodo, Dillon (1994, p. 94) señala:

Detrás de las barricadas de Belfast había un mundo mucho más alejado que las tropas encontraron al principio. En las zonas católicas, había patrullas armadas del ERI, los comités de defensa planeaban cómo obtener armas y el ERI comenzó a dividirse entre la facción de Goulding y los que odiaban su retórica marxista. Las barricadas evitaban que el ejército elaborara un perfil de los miembros del ERI y de los nuevos reclutas que acudían a él. En particular, detuvieron a la inteligencia militar que quería evaluar el surgimiento de los comités de defensa y descubrir que estaban controlados por republicanos ortodoxos de fuerza física que pronto darían forma a los comités en el nuevo ERI y que serían conocidos como los Provisionales.

La grieta en el seno del ERI se hizo oficial el 11 de enero de 1970, cuando la coalición radical de Belfast abandonó una importante reunión de la organización en Dublín como respuesta a las nuevas propuestas reformistas y formó el Ejército Republicano Irlandés Provisional o ERIP (Coogan, 2002a, pp. 113-114). En general, las fuentes coinciden en que el ERIP favoreció la escalada de violencia: “Y en efecto los Provisionales conspiraban. La razón por la que O’Bradaigh, O’Connell, MacStiofian y los demás habían fundado los Provisionales en un principio era para poder ir a la guerra” (Coogan, 2002a, pp. 122-123).

El escalamiento que ocurrió en los dos años siguientes es descrito a menudo como una consecuencia directa de la reacción británica exagerada ante las revueltas católicas y la consecuente pérdida de confianza pública (Newsinger, 1995). De hecho, la lógica de la violencia cada vez más militarizada era muy complicada y dependía de manera crucial de la existencia de barrios cercados por barricadas. Dos conocidos incidentes ejemplifican mejor ese proceso: un

toque de queda y las redadas realizadas en la zona católica de Lower Falls, en Belfast, del 3 al 5 de julio de 1970, y el fracaso de los encarcelamientos sin juicio que iniciaron en agosto de 1971.

El toque de queda en Lower Falls fue consecuencia de las renovadas manifestaciones protestantes a fines de junio de 1970. Varios manifestantes protestantes fueron heridos en la periferia de los barrios católicos, supuestamente por el ERIP. El ejército se desplazó masivamente a Lower Falls (según Dillon [1994, p. 96] con más de tres mil soldados), declaró el toque de queda y realizó un agresivo cateo casa por casa, ocasionando un daño considerable. Una sangüinaria batalla estalló cuando el ERIP atacó soldados con bombas y fuego de francotiradores; cuatro civiles murieron y varios más resultaron heridos. Tanto la magnitud de la intervención como el hecho de que fuese relativamente indiscriminada fueron consecuencias de la falta de una fuerza de seguridad permanente en los barrios católicos. Los batallones pequeños eran vulnerables a ser aislados y atacados detrás de las barricadas. Para rescatar a las unidades pequeñas que estaban en problemas o para evitar que eso sucediera, el ejército aumentó cada vez más las fuerzas desplegadas (Hamill, 1985, p. 72).

Para el verano de 1971, como respuesta a una situación de seguridad en deterioro, Gran Bretaña introdujo la disposición de emergencia del encarcelamiento sin juicio, que comenzó con enormes redadas el 23 de julio y el 9 de agosto. O'Brien (1990, pp. xiv-xv) señala que el encarcelamiento había sido un instrumento efectivo usado tanto por el Reino Unido como por la República de Irlanda en respuesta a las campañas violentas del ERI a principios del siglo XX;¹⁶ sin embargo, durante "los disturbios", el encarcelamiento se convirtió en el eje de una renaciente campaña de protesta. Incluso algunos observadores que se mostraban favorables hacia la posición británica llegaron a la conclusión de que el encarcelamiento era contraproducente, porque contribuía a polarizar aún más la opinión en contra del ejército entre los católicos de Irlanda del Norte (Hamill, 1985, p. 63).

¹⁶ Véase Bell (1987, pp. 99-107) para una descripción detallada del encarcelamiento en la República de Irlanda durante la Segunda Guerra Mundial (que pretendía mantener la neutralidad irlandesa) y durante la llamada "Guerra de la frontera", en 1956-1962.

Si bien no puede negarse que la mayoría de los católicos se opusieron a esa práctica, los efectos del encarcelamiento fueron exacerbados cuando menos por una falta de inteligencia que estaba vinculada directamente con las barricadas en las zonas católicas. Sin un servicio de inteligencia orgánica, el ejército británico se basó en listas obsoletas de miembros del ERI recopiladas por la RUC, que para mediados de 1971 tenía unos dos años de no entrar en los barrios católicos: “la Rama Especial de la RUC proporcionó una lista y le aseguró al ejército que contenía los ‘activistas reales’ del ERI. De hecho, incluía nombres que se remontaban al periodo de encarcelamientos de la década de 1950, así como a muchas personas que no eran miembros del ERI” (Dillon, 1994, p. 103; véase también Hamill, 1984, p. 58). Además, los británicos arrestaron e internaron a varios miembros no violentos de la comunidad en favor de los derechos civiles católicos; los paramilitares protestantes no fueron buscados; y la mayoría de los militantes católicos más activos, especialmente los miembros de los renovados Provisionales, escaparon de la red (Coogan, 2002a, pp. 149-150). De acuerdo con Dillon (1994, p. 103), al ERIP le avisaron antes de las redadas. Por lo tanto, el encarcelamiento no fue tan grave gracias a los errores y a la incompetencia.

Finalmente, los británicos decidieron ocupar los guetos católicos de Derry y Belfast en julio de 1972. La razón inmediata fue una ola de bombardeos del ERIP en el centro de Belfast, conocida como “viernes sangriento” (*Bloody Friday*). La operación británica, conocida como “Motorman”, empleó más de 12 mil soldados, apoyados por bulldozers y vehículos blindados, para desmantelar las barricadas por toda Irlanda del Norte: “Por toda la provincia, católicos y protestantes por igual se despertaron y vieron que el ejército los tenía rodeados, ocupando las escuelas, los campos de fútbol, los salones y manzanas de departamentos” (Hamill, 1985, p. 117).¹⁷ La operación tuvo éxito sin perder muchas vidas, aparentemente porque ninguna facción del ERI decidió oponerse (Coogan, 2002a, p. 374). Según Barzilay (1973, pp. 47-48): “Se hicieron algunos arrestos, pero las búsquedas selectivas no comenzaron en serio durante al-

¹⁷ Hamill (1985) señala que también fueron ocupados los barrios protestantes, para aparentar imparcialidad, si bien se percibió que en esa época la amenaza de violencia contra las fuerzas de seguridad provenía principalmente de las zonas católicas.

gún tiempo. Sacar de la circulación a los terroristas clave estuvo muy relacionado con la calidad de la información de inteligencia recibida en los siguientes días y semanas”.

Después de la ocupación del ejército, hubo un patrullaje policiaco extremadamente agresivo, salpicado por algunos combates ocasionales. Sluka (1989, p. 171) ofrece una vívida descripción de la práctica contrainsurgente británica en los barrios católicos de Irlanda del Norte ya hacia fines de la década de 1980:

Los soldados británicos, con uniformes de camuflaje, armados con rifles automáticos y pistolas con balas de goma, patrullan las calles día y noche. Revisan la identificación de las personas y las catean, buscan “terroristas” conocidos o sospechosos y recopilan información de inteligencia. Las patrullas móviles de carros blindados y Landrovers con blindaje ligero que transportan soldados con escopetas rondan los barrios pobres y recorren de un lado a otro los caminos, deteniéndose ocasionalmente para instalar controles de carretera temporales y retenes. En el cielo, los helicópteros del ejército mantienen esos distritos bajo constante vigilancia, usando cámaras de televisión equipadas con lentes telescópicos y, en la noche, reflectores de alta intensidad.

No suele decirse que la Operación Motorman haya sido un momento crucial en la historia de “los disturbios”, pero no cabe duda de que correspondió con el auge de la violencia en Irlanda del Norte.¹⁸

[La] situación se estabilizó en 1972-1973, luego de la Operación Motorman, que cerró las zonas “prohibidas” abiertas en Belfast y Derry. El escalamiento terminó: el número total de muertos fue de 250 en 1973. Durante la tregua de 1974 a 1975-1976 hasta las huelgas de hambre de 1981, la campaña de los Provisionales avanzó, la capacidad de contrainsurgencia británica aumentó, la perspectiva de la victoria se alejó... (Bell, 2000, p. 175).

¹⁸ Véase, por ejemplo, O’Duffy (1993), quien destaca los fracasos de la seguridad británica, pero ni siquiera menciona la Operación Motorman y sus efectos.

CUADRO 1. PORCENTAJE DE MUERTES EN DERRY Y BELFAST, 1971-1990*

Año	% en Derry y Belfast	Año	% en Derry y Belfast	Año	% en Derry y Belfast	Año	% en Derry y Belfast
1971	77.6	1976	54.6	1981	53.1	1986	40.1
1972	72.4	1977	55.9	1982	38.1	1987	40.8
1973	59.7	1978	38.3	1983	19.1	1988	44.2
1974	38.4	1979	34.71	1984	27.5	1989	29.3
1975	50.8	1980	48.8	1985	26.3	1990	29.6
Promedio de 5 años	60.0	Promedio de 5 años	48.7	Promedio de 5 años	34.2	Promedio de 5 años	37.5

Fuente: Índice de muertes de Sutton, 2001.

* Las cifras de muertes totales utilizadas para calcular los porcentajes de los cuadros 1 y 2 incluyen muertes vinculadas con “los disturbios” que ocurrieron en la República de Irlanda y en otras partes del Reino Unido.

El ejército informó que había cateado más de cien mil casas en 1972-1973 y que había confiscado tres mil armas de fuego y casi cuarenta toneladas de explosivos. Los tiroteos disminuyeron constantemente de más de 10 mil en 1972 a sólo 755 en 1978 (Coogan, 2002b, pp. 382-383). El total de muertes se redujo a casi la mitad de 1972-1973, estabilizándose entre 250 y 300 durante cuatro años, antes de disminuir más después de 1977 (Sutton, 2001). Además, la distribución de las muertes en Irlanda del Norte sugiere un considerable desplazamiento de los centros urbanos (véase el cuadro 1). El porcentaje de todas las muertes que ocurrieron en Derry o Belfast disminuyó de más de 77% en 1971 a cerca de 50% para 1975; de ahí se redujo aún más hasta un promedio de 35% en la década de 1980.

A pesar de que el ERIP siguió manteniendo una presencia en cierta variedad de barrios católicos urbanos mucho tiempo después de que fueran desmanteladas las “zonas prohibidas”, nunca logró recuperar un grado de control suficiente para funcionar abiertamente durante un tiempo después de principios de la década de 1970.¹⁹ Si bien es difícil señalar con precisión en qué momento

¹⁹ Sluka (1989, pp. 107-110) dice que se erigieron barricadas y el ERIP y el ELNI (Ejército de Liberación Nacional de Irlanda) patrullaban dentro del conjunto habitacional católico que él estudió durante la crisis

“los disturbios” hicieron la transición de una insurgencia a algo más, queda claro que el ERIP abandonó poco a poco el esfuerzo por crear zonas de control en Belfast y Derry a mediados de la década de 1970. Un indicador razonable del grado en que el ERIP siguió luchando por el dominio de las zonas urbanas son los lugares de las muertes de las fuerzas de seguridad a lo largo del tiempo. En 1972, hubo 94 muertes de las fuerzas de seguridad británicas tan sólo en Belfast y Derry; en 1974, sólo 16 personas de las fuerzas de seguridad murieron en esas ciudades (Sutton, 2001).²⁰

Aparte, el colapso del proceso de insurgencia en Irlanda del Norte debilita una afirmación muy común en la literatura sobre “los disturbios”: que la escalada de violencia de las fuerzas de seguridad fue estrictamente contraproducente porque sólo sirvió para alinear a la opinión católica en contra del Reino Unido y sus agentes. La ocupación militar de las zonas católicas fue, en cierto sentido, la provocación definitiva, una forma de represión más entrometida y severa para la comunidad en su conjunto que los toques de queda y los cateos de 1970 o el encarcelamiento de 1971. No podemos saber a ciencia cierta qué habría sucedido si el gobierno británico hubiera derribado las barricadas y comenzado a patrullar los barrios católicos a inicios de 1970 y no dos o dos y medio años después; parece posible que de todos modos habría habido violencia grave; sin embargo, se tiene información para afirmar que la violencia no habría tomado la forma insurgente excepcionalmente intensa que tuvo a principios de la década de 1970.

que rodeó las huelgas de hambre en las cárceles en 1981. Ésta es la única referencia que he encontrado de esa práctica después de 1972 y probablemente refleja el hecho de que el lugar de estudio de Sluka, Divis Flats, fue considerado durante muchos años como el “conjunto habitacional” republicano más duro de toda Irlanda del Norte. Es interesante que él personalmente no observara ninguna actividad del ERIP ni del ELNI, pese a que los residentes insistieron en su presencia. Las personas que vivían en Divis le dijeron a Sluka que los militantes evitaban operaciones en Divis y sus alrededores, pese a los grados relativamente altos de apoyo popular, porque lo consideraban una “trampa” donde las fuerzas de seguridad británicas podían fácilmente rodearlos y capturarlos.

²⁰ En general, contar las muertes de soldados no es la mejor manera de evaluar si está dándose una insurgencia o no; los ejércitos pueden optar por minimizar sus pérdidas evitando entrar en zonas controladas por los rebeldes; sin embargo, en este caso sabemos que la presencia de las fuerzas de seguridad británicas en los barrios católicos fue masiva y agresiva (Coogan, 2002b, pp. 382-383); por lo tanto, la rápida disminución del número de muertes de fuerzas de seguridad a mediados de la década de 1970 sugiere fuertemente que los soldados y los policías se enfrentaban cada vez menos con el ERIP.

No obstante, pese a la eliminación de esos santuarios clave, el ERI Provisional persistió, a diferencia de las insurgencias urbanas, por ejemplo, en Uruguay, Argentina o Turquía. La violencia continuó, en un grado significativamente reducido, hasta la década de 1990 y sólo pareció cesar como parte de un complejo y frágil acuerdo de parte del ERIP. ¿Cómo pudo la organización mantenerse y continuar una lucha armada a pesar de tantos años de una de las operaciones de seguridad más intensas que ha visto el mundo? En la siguiente sección, ofrezco el primer elemento de una explicación en dos partes de la persistencia del ERIP: en pocas palabras, la organización nunca fue del todo urbana; cuando sus bastiones urbanos fueron debilitados, los Provos desplazaron sus operaciones hacia las zonas rurales cerca de la frontera con la República de Irlanda.

EL SUR DE ARMAGH Y LA GUERRA EN LA FRONTERA

A pesar de que el centro de gravedad de “los disturbios” estaba en los centros urbanos de Belfast y Derry, algunas zonas rurales fronterizas con la República de Irlanda fueron áreas clave de la actividad del ERIP. Los tres condados fronterizos de Armagh, Tyrone y Fermanagh, que comprenden cerca de 21% de la población de Irlanda de Norte, representaron más de la cuarta parte de las muertes atribuidas a la guerra civil. Esas zonas han sido particularmente mortíferas para las fuerzas de seguridad británicas, con cerca de 41% de todas las muertes de policías y militares desde 1969 (Sutton, 2001). El cuadro 2 sugiere que, cuando el ERIP perdió sus santuarios urbanos, cambió poco a poco el foco de sus operaciones hacia la región cercana a la frontera. Los condados fronterizos protagonizaron menos de 15% de las muertes anuales antes de 1973. Para la década de 1980, más de 30% de las muertes anuales ocurrieron en esos condados.

La zona rural del sur de Armagh, una región tradicional de contrabando, ha sido un bastión del ERIP casi desde el inicio de la guerra.

Ninguna otra parte del mundo ha sido tan peligrosa para una persona que vista el uniforme del ejército británico. Unos 123 soldados han sido asesinados en la zona sur de Armagh desde agosto de 1971, cerca de una quinta

CUADRO 2. PORCENTAJE DE MUERTES EN ARMAGH, FERMANAGH Y TYRONE, 1971-1990

Año	Frontera	Año	Frontera	Año	Frontera	Año	Frontera
1971	14.6	1976	25.1	1981	26.5	1986	39.3
1972	14.6	1977	25.2	1982	25.7	1987	38.8
1973	23.7	1978	25.9	1983	34.5	1988	35.6
1974	19.4	1979	38.0	1984	44.9	1989	26.7
1975	27.4	1980	33.8	1985	36.9	1990	39.5
Promedio de 5 años	19.4	Promedio de 5 años	28.5	Promedio de 5 años	32.2	Promedio de 5 años	36.0

Fuente: Índice de muertes de Sutton, 2001.

parte de todas las bajas militares de Irlanda del Norte, junto con 42 oficiales de la Policía Real del Ulster y 75 civiles (Harnden, 1999, p. 11).

Además, el sur de Armagh ha desempeñado un papel clave en la lucha global de Irlanda del Norte, actuando como una ruta importante de contrabando y almacenamiento de armas y explosivos, así como el lugar favorito para interrogar, ejecutar y deshacerse de los informantes (Harnden, 1999, pp. 15, 199; Dillon, 1990, p. 338). Bell (2000, pp. 136-137) describe las ventajas de la región fronteriza en los siguientes términos:

El campo simplemente permitía más operaciones que Belfast, donde, luego de una generación, los segmentos nacionalistas eran tanto prisiones de baja seguridad como unidades habitacionales. En el campo, cuando se necesitaban voluntarios nuevos, podía entrenarse a unos cuantos muchachos conocidos. El cuartel general incluso podía enviar a algunos en misiones al extranjero. Cuando se querían explosivos, podían traerse de los depósitos seguros que estaban en todas partes. Las armas se introducían, usaban, almacenaban y a veces se enviaban hasta Irlanda del Norte para que llegaran a las unidades en Belfast: el núcleo.

De acuerdo con la manera en que se interpretaron en la frontera, “los disturbios” cumplen con mucho detalle los patrones clásicos de la insurgencia rural. La Brigada del Sur de Armagh del ERI empleó francotiradores y bombas detonadas a control remoto para sacar de los caminos a la policía y a las patrullas del ejército: “Desde principios de la década de 1970, casi todos los movimientos militares fueron en helicóptero para evitar bajas provocadas por las minas terrestres colocadas en las carreteras. Incluso la basura de las bases de las fuerzas de seguridad es llevada por aire” (Harnden, 1999, p. 14). La frontera en sí desempeñó un papel indispensable: los francotiradores disparaban del otro lado de la frontera y los cables de detonación se extendían entre las dos Irlandas. Si bien las fuerzas de seguridad británicas podían responder al fuego desde la República de Irlanda, por razones diplomáticas se les prohibió realizar persecuciones peligrosas. Irlanda prohibió oficialmente los ataques armados desde su territorio y la Garda Síochána (la policía rural de Irlanda) patrullaba regularmente, pero “en la República la seguridad era más laxa y los unionistas no estaban en cada cruce de caminos” (Bell, 2000, p. 137; véase también Coogan, 2002a, p. 253).

Si bien gran parte del apoyo civil evidente en el sur de Armagh parece haber sido espontáneo, la intimidación y la amenaza o el uso de la violencia en contra de civiles y funcionarios públicos también fueron parte del repertorio del ERIP. Collins (1997, p. 128), un hombre del ERIP que trabajó en una ocasión con la Brigada del Sur de Armagh, señaló:

El ERI del sur de Armagh tuvo muchísimo éxito, no sólo porque tenía muchos voluntarios veteranos que operaban en una comunidad con un fuerte historial de resistencia. Había algo más que lo ayudó a ganar el enfrentamiento: gobernaba su zona con un mazo de hierro. Deliberadamente metía el terror en el corazón de la gente con su crueldad.

El uso de la violencia estaba orientado principal si no es que exclusivamente a castigar a los informantes y a evitar que los locales pasaran información sobre las actividades del ERIP a las fuerzas de seguridad. Los civiles eran ejecutados o mutilados por tener contactos operativamente insignificantes y menores con las

autoridades; se hacían amenazas para controlar la construcción que afectaba las rutas de contrabando en la frontera; y se usaba la violencia no mortal para mantener fuera de la zona a las autoridades fiscales (Harnden, 1999, pp. 197-206).

De ese modo, si bien puede describirse con toda precisión que “los disturbios” son un fenómeno en general urbano, tenían una significativa dimensión rural y su importancia relativa en la guerra civil en su conjunto aumentó a un ritmo constante a lo largo del tiempo.

CAMBIOS EN LOS MÉTODOS Y LA ORGANIZACIÓN: EL CASTIGO

La base rural del ERIP en la región fronteriza ayuda a explicar la continuidad de la organización y la perpetuación de la guerra civil; sin embargo, los Provisionales mantuvieron una organización urbana con la capacidad de realizar operativos y matar a un número importante de fuerzas de seguridad británicas hasta entrada la década de 1990. Su capacidad para perseverar es mucho más contundente por la falta de popularidad de los Provos. Bell (2000, p. 39) señala:

Ya sea que Irlanda parezca grande o no en la percepción irlandesa, el ERI Provisional debe operar en un estrecho escenario y casi a la vista de todos los actores y todo el público. Gran parte de ese público se oponía con violencia al ERI: todos los unionistas protestantes, muchos nacionalistas católicos del norte, gran parte de la opinión irlandesa en la República [de Irlanda]. Muchos de ellos son activos opositores cuando, en teoría, deberían formar parte de los seguidores del ERI.

Incluso en un bastión de opinión republicana como el conjunto habitacional de Divis Flats, al oeste de Belfast, Sluka (1989, p. 115) encontró que casi la mitad de los residentes no apoyaban al ERIP.²¹

²¹ Sluka también encontró pruebas de depósitos de apoyo “suave” entre un número mucho mayor de residentes y concluyó que hay una amplia aceptación de la postura “defensiva” de parte de los paramilitares, aunque la tolerancia no se extendió hasta las operaciones ofensivas; sin embargo, después de la Operación Motorman, las operaciones del ERIP ineludiblemente se volvieron cada vez menos defensivas. Así, una erosión de largo plazo del apoyo a los Provisionales puede haber sido endógena a la situación de seguridad básica.

En condiciones de un apoyo popular inestable y una agresiva presencia de seguridad urbana, el ERIP sólo logró mantener una lucha violenta cambiando sustancialmente su postura estratégica y reformando la estructura de la organización. En cuanto a la estrategia, los Provisionales abandonaron la insurgencia en favor del “castigo”. En cuanto a la organización, a fines de la década de 1970, el ERIP se reconstituyó en una estructura clandestina de “células”. Esos cambios reflejaron un consenso institucional fundamental de que los Provisionales no podrían derrotar la estrategia militar británica. El enfoque del “castigo” podría, a lo sumo, aumentar los costos financieros y políticos hasta un punto en que continuar la Unión con Irlanda del Norte ya no parecería atractivo para el Parlamento de Westminster. En el peor de los casos, esos cambios ayudaron a asegurar la continuidad de la organización. En las palabras de un Provo: “Nuestro objetivo es crear tanto daño psicológico a los británicos que se vayan; que regresen a Inglaterra enfermos, maltratados, en ataúdes; pero sabemos que no podemos derrotarlos en un sentido militar, aunque ellos tampoco pueden vencernos” (citado en Coogan, 2002b, p. 479).

Suele decirse que los atentados con bombas contra objetivos económicos, militares y ocasionalmente civiles a los que recurrió cada vez más el ERIP a partir de fines de la década de 1970 son “terrorismo”; sin embargo, con frecuencia se dijo que los Provisionales eran terroristas desde el inicio de “los disturbios”, en una época en que “insurgente” habría sido un término más adecuado.

Si bien podemos identificar fácilmente algunos casos ejemplares de “terrorismo” (por ejemplo, los explosivos detonados intencionalmente sin advertencia entre civiles, sin una utilidad militar aparente), el término no tiene una definición bien aceptada.²² La mayoría de los estudiosos incluye la muerte de civiles o “inocentes” en el significado de terrorismo (Cronin, 2002; Cronin, 2002/2003; Pape, 2003). Si bien es inobjetable, cualquier estudio que se forma así un concepto del terrorismo debe incluir todas las insurgencias en su universo de casos, pues la muerte de civiles es prácticamente universal en la guerra insurgente; sin embargo, la mayoría de los estudios no lo hace. En cambio, tanto la comprensión del término en lenguaje común como su supuesto referente

²² Véase Schmid (1983) para un amplio ejercicio de definición y una impresionante bibliografía.

empírico (que no se corresponden entre sí) son aceptados por su valor directo. Además, el término “terrorismo” tiene asociaciones normativas que lo hacen poco atractivo; la tendencia actual es aplicar el término sólo a actores no estatales, cuando queda claro que el uso del terror es cuando menos tan común, si no es que más, entre estados.

Una distinción analítica más útil que capta gran parte de lo que es interesante acerca del “terrorismo” reside en las estrategias de “castigo” y “negación”.²³ El castigo es un uso táctico de la violencia cuyo objetivo a corto plazo es causar daño y elevar los costos solamente, no obtener control sobre personas o territorios.²⁴ Puede servir a fines políticos que incluyen el control (y en general éste parece ser el caso), pero el castigo puede generar control sólo mediante una decisión política de hacer concesiones de parte del objetivo (Pape, 1996, p. 13). Lo que generalmente se llama “terrorismo” corresponde mucho al castigo realizado por actores no estatales, pero la categoría alternativa es un tanto más amplia, pues incluiría acciones de castigo realizadas por organizaciones que predominantemente muestran otras estrategias.

Las estrategias de negación buscan frustrar directamente una estrategia del enemigo por medios militares. La insurgencia, según se ha definido en este artículo, es un tipo de negación;²⁵ además, la insurgencia suele implicar el uso de violencia como un medio para crear “terror” y afectar la conducta; sin embar-

²³ Véase Schelling (1966, cap. 1) para un tratamiento fundamental del castigo (Schelling usó el término “coerción” o “diplomacia coercitiva” para gran parte de la misma idea). Yo uso el término “estrategia” para referirme a una decisión que la organización toma para actuar ante las restricciones. Ese uso es consistente con la literatura de estudios estratégicos (de donde se derivan los términos “castigo” y “negación”) y está muy cerca del uso del término en la elección social (si bien con un significado ligeramente diferente). En la teoría de juegos, se entiende que una estrategia es un *perfil* de acciones que están condicionadas por las elecciones de otros actores y estados del mundo, mientras que en este caso uso “estrategia” para referirme a una de las acciones en un perfil. Debe tenerse en mente esta pequeña distinción semántica al leer lo que sigue.

²⁴ Esta definición incluye ataques a objetivos militares que no tienen una posibilidad razonable de afectar el equilibrio del control (por ejemplo, el ataque de la Jihad islámica a las barracas del Cuerpo de Marina de Estados Unidos en Líbano en 1983), a los que suele llamarse terrorismo.

²⁵ Normativamente, no está claro por qué debemos objetar el castigo, en principio. Una organización que se basa en el castigo puede dirigirse exclusivamente a activos económicos o de personal militar, pero es poco probable que una insurgencia pueda proceder efectivamente sin aterrorizar a los civiles. De hecho, tal vez el ERI Provisional se acerca tanto a un patrón de castigo dirigido sólo a objetivos económicos y militares como a cualquier organización no estatal. Durante la década de 1980, entre 50 y 60% de todas las muertes de cada año relacionadas con “los disturbios” fueron bajas de las fuerzas de seguridad (Sutton, 2001).

go, la insurgencia usa la violencia para generar control político *local*, mientras que el castigo no. En otras palabras, las dos estrategias funcionan a través de mecanismos diferentes. Entonces, no hay “terroristas” o “insurgentes” en un sentido estricto: un agente con acceso a los medios de violencia puede, en teoría, ser terrorista un día e insurgente el día siguiente, o podría ser terrorista en una región e insurgente en otra, dependiendo de las circunstancias.²⁶

La estrategia de castigo se diseñó totalmente con base en el llamado “Libro Verde”, un documento clave del ERIP capturado junto con el líder Provo Seamus Twomey en 1977. El Libro Verde exige:

1. Una guerra de desgaste contra personal del enemigo, que esté destinada a causar tantas bajas y muertes como sea posible y a provocar que la gente exija su retiro.
2. Una campaña de bombardeos destinada a hacer que los intereses financieros del enemigo no sean rentables.
3. Hacer que los seis condados, como ahora y en los últimos años, sean ingobernables, a no ser por un régimen militar colonial (citado en Coogan, 2002b, p. 555).

El control y la defensa de las zonas católicas no se mencionan entre los objetivos o métodos listados en el Libro Verde.²⁷

²⁶ De hecho, sostengo que el ERIP actuó como un insurgente en la frontera, mientras que usaba el castigo en las ciudades.

²⁷ Si la estrategia del ERIP fue el castigo, entonces queda por explicar por qué los costos impuestos fueron relativamente ligeros, dado el arsenal teórico de la organización. Grandes cantidades del potente explosivo Semtex (adquirido en Libia) han estado en manos del ERIP desde mediados de la década de 1980, y los expertos han concluido que podrían haberse fabricado bombas más grandes y más peligrosas que las que se han usado. La gran proporción de castigo teórico y real ha llevado a algunos críticos a pensar que la estrategia del ERIP no es de castigo (O’Doherty, 1998, pp. 96-111); sin embargo, el simple hecho de que alguien *pueda* usar más violencia de la que *ejerce* no es en sí misma una prueba de que la violencia que usa no pretende ser un medio de coacción. El grado de violencia ejercida por el ERIP puede estar limitado por un número de factores internos, incluidas las divisiones dentro de la organización y un interés por promover la suerte de su ala legal: el Sinn Féin. Las limitaciones externas también pueden desempeñar un papel: la violencia más allá de cierto umbral puede haber inducido al gobierno británico a abandonar su estrategia de seguridad realmente legalista para favorecer algo mucho más draconiano.

La decisión de seguir la estrategia insurgente o el castigo es producto de un dilema orgánico. El estallido de bombas y los asesinatos pueden ser realizados por un pequeño grupo que, si tienen suerte y son listos, tal vez causen severos daños y eviten ser detenidos por años; sin embargo, es poco probable que el castigo logre metas realmente ambiciosas, como la secesión o la toma del poder del Estado.²⁸ La capacidad de controlar el territorio y obtener recursos, información y mano de obra a la fuerza (en esencia, la insurgencia) probablemente es indispensable para crear una organización lo suficientemente poderosa para derrotar al Estado en sus principales áreas de fuerza; sin embargo, esto último exige una organización mucho más grande, con mayor número de miembros, un sistema regularizado de suministros y entrenamiento y un proceso confiable de obtención de ingresos. Todos esos factores aumentan la dificultad de mantener a una organización en la clandestinidad. El rápido aumento del número de miembros aumenta el peligro de la subversión.²⁹ Una logística y un entrenamiento regular y los impuestos obligatorios son más visibles, por lo que son más vulnerables a ser descubiertos y destruidos. Esos peligros pueden ser superados por una organización pequeña, muy motivada y rígidamente clandestina, pero sólo sacrificando el total de los efectos militares. Como señala Bell (2000, p. 7) con toda elocuencia:

Si se guarda el secreto, se minimiza la oportunidad para ser detectados, pero a un alto costo. La clandestinidad garantiza la ineficiencia, desperdicia el sacrificio, asegura las escisiones y la desilusión, genera retrasos y bajas.

²⁸ Laqueur (1998, p. 324) señala lo mismo: “Este nuevo poder adquirido por unos pocos [terroristas] tiene, sin embargo, sus límites: puede paralizar el aparato del Estado, pero no puede tomar el poder. El terrorismo urbano enfrenta a sus profesionales con un dilema insoluble: reducir el riesgo que corren de ser descubiertos por ser pocos. El impacto político de un pequeño grupo anónimo estaba destinado a ser insignificante. Los terroristas urbanos no son, como ha mostrado la experiencia palestina (1948) y chipriota, contendientes con serias posibilidades de llegar al poder...” Para un argumento parecido, véase Pape (2003, p. 355).

²⁹ Parafraseando a James Fearon, Nicholas Lemann (2001) hace un comentario similar sobre la organización Al Qaeda: “Cuando hay un gran flujo de reclutas ingresando en un ejército clandestino poco ortodoxo, existe el enorme potencial de desarrollar agentes —en este caso, jóvenes árabes— que puedan darle a la inteligencia estadounidense información que pudiera inutilizar los ataques con anticipación y hacer vulnerable toda la operación terrorista. La estructura de células de Al Qaeda busca limitar el daño potencial de la traición (porque muy pocas personas saben todo); pero sería difícil que la organización creciera rápidamente y, al mismo tiempo, limitara el flujo interno de la información”.

Los inocentes, los amenazados, los especialistas en contrainsurgencia son engañados al suponer que el secreto asegura la competencia, que los medios no convencionales son la primera y no la última opción, que la clandestinidad contiene todos los activos convencionales más los que le confieren lo ilícito y lo incontrolado. En realidad, la clandestinidad es un mundo de escasez, de limitaciones y de agotamiento.

El cambio de una estrategia de insurgencia a una de castigo se corresponde mucho con un importante cambio en la estructura del ERIP, de un formato de “ejército”, con brigadas, batallones y compañías, a una estructura de “células” sumamente clandestinas con equipos de 4 a 10 personas, muy independientes y vinculadas al resto de la organización sólo a través de un miembro de cada célula. El principal beneficio de la estructura de células es el secreto y la protección de la subversión por parte de los agentes de seguridad. Si son capturados, cada militante sólo puede implicar a los miembros de su propia célula. De acuerdo con un voluntario del ERIP: “Teníamos la estructura de brigada, cuando menos formalmente, y estaban encima de nosotros [...] Todo nos caía a nosotros. 1976 fue un año muy significativo. Comenzamos a usar en general las células y las USA [unidades de servicio activo] funcionaron de manera independiente” (citado en Coogan, 2002b, p. 477).

En principio, el castigo como estrategia es independiente de la estructura de la organización que lo lleva a cabo (por ejemplo, detonar bombas estratégicamente es una forma común de castigo y no necesita ni beneficia a una estructura de células); sin embargo, la estructura y la estrategia están íntimamente vinculadas. El control político sería sumamente impráctico para una organización de células, pues el control depende cuando menos en cierto grado de la interacción abierta entre los miembros de la organización y los civiles. Cuando la insurgencia es la estrategia escogida, los civiles llegan a conocer la identidad de muchos miembros de la organización; la seguridad de la organización depende principalmente de su capacidad para limitar que los civiles transfieran información mediante el uso y la amenaza de la sanción. Una estructura de células permite que una organización mantenga seguridad de información

cuando no está en posición de monitorear y sancionar confiablemente a los civiles a una gran escala, lo cual es el caso en las zonas urbanas de Irlanda del Norte después de mediados de la década de 1970.³⁰ El castigo, especialmente en la forma de explosión de bombas, puede ser administrado por pequeños números, mientras que las células pueden ayudar a conservar las intensivas inversiones en capital humano necesarias para realizar una campaña eficiente de castigo.

Un enfoque de la guerra civil basado en la insurgencia no puede explicar por qué el ERIP ejecutó con éxito la transición de una insurgencia urbana con base en las masas a una organización “terrorista” profesional y de células, mientras que las organizaciones rebeldes en muchos otros momentos y lugares fracasaron al tratar de hacerlo; sin embargo, sirve de mucho comprender los dilemas estratégicos que enfrentó la organización y por qué las decisiones que tomó fueron necesarias y efectivas.

CONCLUSIÓN

La lógica de construir un estado paralelo por parte de la insurgencia determina que debe ser excepcionalmente difícil llevarla a cabo en países densamente poblados y muy urbanizados. Además, la insurgencia fue el patrón dominante del conflicto civil militarizado en el siglo XX. Si bien hay buena cantidad de pruebas que apoyan esta afirmación, algunos casos difieren del patrón general. Los disturbios de Irlanda del Norte son tal vez el más sorprendente de esos casos, dado que ocurrieron en un país que ha estado a la vanguardia de la urbanización (y muchos otros aspectos de la modernización) cuando menos durante doscientos años.

La predicción exitosa es el criterio más importante para evaluar una teoría; pero, cuando la realización difiere de la predicción, un segundo criterio de eva-

³⁰ Si bien el ERIP siguió asesinando y castigando a los “informantes” a lo largo de “los disturbios”, es probable que sus víctimas fueran personas muy relacionadas con la organización. Es poco probable que los civiles sin vínculos con los Provos tuvieran información con el potencial de comprometer a la organización. El ERIP también practicaba la justicia de vigilantes en la comunidad católica, principalmente por medio de la violencia no mortal. Esa violencia, llamada “disparar a las piernas”, o disparar una bala a la rodilla, ha sido un método estándar para lidiar con delincuentes y pequeños criminales (O’Doherty, 1998, pp. 145-146, 152-154).

luación es la capacidad de la teoría para explicar el residual, es decir, los factores causales no cubiertos por la teoría.³¹ Las teorías de la guerra civil fundadas en el fenómeno de la insurgencia suponen que los estados consolidados que enfrentan desafíos en su territorio por medio de la insurgencia reaccionarán de manera agresiva para eliminar dichas amenazas. Cuando lo hacen, el terreno urbano debe ser el terreno preferido por el Estado. En general, esta expectativa parece ser confirmada por la experiencia histórica; sin embargo, desde mediados de 1969 hasta mediados de 1972, el gobierno británico se desvió de esta suposición razonable. El control de los barrios católicos en las dos ciudades más grandes de la provincia fue esencialmente concedido a quien organizara con éxito a la población detrás de las barricadas. El ERIP aprovechó la iniciativa, no en menor medida debido a su crueldad y preparación para el ejercicio de la violencia.

El que a principios de 1970 hubiese violencia en Irlanda del Norte era, en alguna medida, inevitable, dada la discriminación y la polarización de la sociedad; no obstante, si el ejército británico hubiera resistido la introducción de barricadas y mantenido una presencia constante en los barrios católicos desde el inicio, existen todas las razones para creer que “los disturbios” no se habrían convertido en una guerra civil. Cuando los británicos ocuparon los barrios urbanos de Belfast y Derry, los Provisionales comenzaron a perder la iniciativa y se vieron obligados a adoptar una estrategia de castigo no insurgente y a reformar por completo su organización a fin de sobrevivir y seguir luchando. El ERIP posterior a la Operación Motorman se volvió sumamente efectivo para castigar intereses británicos, en gran medida porque abandonaron el objetivo de la insurgencia urbana y se enfocaron en el castigo. Por tanto, una teoría de la insurgencia puede decirnos algo importante y útil incluso acerca de los casos en los que no puede hacer una predicción exacta. **Pg**

³¹ En otras palabras, este artículo ofrece una “restricción de dominio” a la aplicación de la teoría; es decir, esboza “las condiciones en las que se sostiene [la teoría] para ser aplicada” (Green y Shapiro, 1994, pp. 45-46).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barzilay, David (1973), *The British Army in Ulster*, vol. 1, Belfast, Century Services.
- Bell, J. Bowyer (2000), *The IRA, 1968-2000*, Londres y Portland, OR, Frank Cass.
- Bell, J. Bowyer (1987), *The Gun in Politics: An Analysis of Irish Political Conflict, 1916-1986*, New Brunswick, NJ y Oxford, Transaction Books.
- Collier, Paul y Anke Hoeffler (2001), *Greed and Grievance in Civil War*, Working paper, DECRG, World Bank.
- Collins, Eamon (con Mick McGovern) (1997), *Killing Rage*, Londres y Nueva York, Granta Books.
- Coogan, Tim Pat (2002), *The Troubles: Ireland's Ordeal and the Search for Peace*, Nueva York, Palgrave.
- (2000), *The IRA*, ed. rev., Nueva York, Palgrave.
- Cronin, Audry Kurth (2002), "Rethinking Sovereignty: American Strategy in the Age of Terrorism", *Survival*, vol. 44, núm. 20, pp. 119-139.
- (2002/2003), "Behind the Curve: Globalization and International Terrorism", *International Security*, vol. 27, núm. 3, pp. 30-58.
- Department of the [US] Army (2004), *Counterinsurgency Operations*, FMI 3-07.22. Washington, D.C.: Headquarters, Department of the Army, disponible en: www.us.army.mil.
- Department of Health and Social Services. Registrar General Northern Ireland (DHSS) (1992), *The Northern Ireland Census 1991: Summary Report*, Belfast, Her Majesty's Stationery Office.
- Devlin McAliskey, Bernadette (1988), *Twenty Years On*, editado por Michael Farrell, Dingle, Co. Kerry, Irlanda, Brandon Book.
- Dillon, Martin (1994), *The Enemy Within*, Londres, Doubleday.
- (1990), *The Dirty War: Covert Strategies and Tactics used in Political Conflicts*, Nueva York, Routledge.
- Fearon, James D. y David D. Laitin (2003), "Ethnicity, Insurgency, and Civil War", *American Political Science Review*, vol. 97, núm. 1, pp. 75-90.
- Green, Donald P. e Ian Shapiro (1994), *Pathologies of Rational Choice: A Critique of Applications in Political Science*, New Haven, CT y Londres, Yale University Press.

- Hamill, Desmond (1985), *Pig in the Middle: The Army in Northern Ireland 1969-1984*, Londres, Methuen London.
- Harnden, Toby (1999), *"Bandit Country": The IRA & South Armagh*, Londres, Hodder & Stoughton.
- Hart, Peter (1998), *The I.R.A. and Its Enemies: Violence and Community in Cork, 1916-1923*, Oxford y Nueva York, Clarendon Press.
- Hegre, Havard, Tanja Ellingsen, Nils Peter Gleditsch y Scott Gates (2001), "Towards a Democratic Civil Peace? Democracy, Political Change, and Civil War 1816-1992", *American Political Science Review*, vol. 95, núm. 1, pp. 33-49.
- Kalyvas, Stathis N. (2005) *The Logic of Violence in Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Kocher, Matthew A. (2004), *Human Ecology and Civil War*, tesis doctoral, University of Chicago.
- Lemann, Nicholas (2001), "What Terrorists Want: Is There a Better Way to Defeat Al Qaeda?", *The New Yorker*, 29 de octubre.
- Local Ireland Almanac and Yearbook of Facts* (2000), Dublín, Local Ireland.
- Newsinger, John (1995), "From Counter-Insurgency to Internal Security: Northern Ireland, 1969-1992", *Small Wars and Insurgencies*, vol. 6, núm. 1, pp. 88-111.
- Northern Ireland Statistics and Research Agency (NISRA) (1998), *Northern Ireland Annual Abstract of Statistics*, Belfast, Her Majesty's Stationery Office.
- O'Brien, Connor Cruise (1990), "Foreward", en Martin Dillon, *The Dirty War: Covert Strategies and Tactics used in Political Conflicts*, Nueva York, Routledge.
- O'Doherty, Malachi (1998), *The Trouble with Guns: Republican Strategy and the Provisional IRA*, Belfast, The Blackstaff Press.
- O'Duffy, Brendan (1993), "Containment or Regulation? The British Approach to Ethnic Conflict in Northern Ireland", en John McGarry y Brendan O'Leary (eds.), *The Politics of Ethnic Conflict Regulation*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Pape, Robert A. (2003), "The Strategic Logic of Suicide Terrorism", *American Political Science Review*, vol. 97, núm. 3, pp. 343-361.

- Pape, Robert A. (1996), *Bombing to Win: Air Power and Coercion in War*, Itaca y Londres, Cornell University Press.
- Sambanis, Nicholas (2004), "Using Case Studies to Expand Economic Theories of Civil War", *Perspectives on Politics*, vol. 2, núm. 2, pp. 259-279.
- Schelling, Thomas C. (1966), *Arms and Influence*, New Haven, Yale University Press.
- Schmid, Alex P. (1983), *Political Terrorism: A Research Guide to Concepts, Theories, Data Bases and Literature*, New Brunswick, NJ, Transaction Books.
- Sluka, Jeffrey A. (1989), *Hearts and Minds, Water and Fish: Support for the IRA and INLA in a Northern Irish Ghetto*, Greenwich, CT y Londres, JAI Press.
- Sutton, Malcolm (2001), *Sutton Index of Deaths*, edición revisada, disponible en <http://cain.ulst.ac.uk/sutton/>.
- Taw, Jennifer Morrison y Bruce Hoffman (1995), "The Urbanisation of Insurgency: The Potential Challenge to U.S. Army Operations", *Small Wars and Insurgencies*, vol. 6, núm. 1, pp. 68-87.

